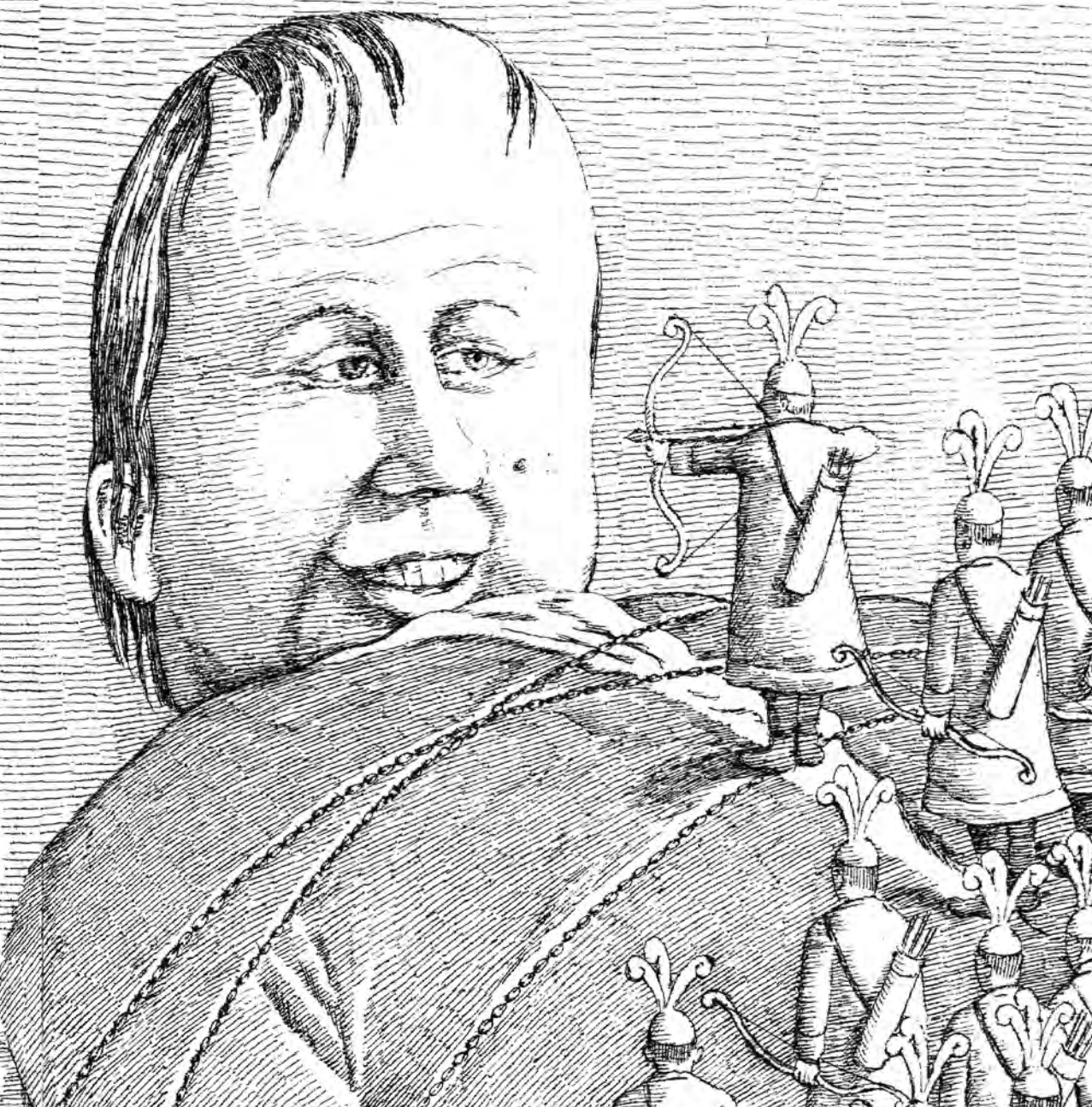


Los viajes de Gulliver

Jonathan Swift

Ilustraciones de
Javier Sáez Castán

sextopisoilustrado



Joy

Fear



LOS
VIAJES
DE
GULLIVER



Criticism

Admiration

Los viajes de Gulliver

JONATHAN SWIFT

ILUSTRACIONES DE JAVIER SÁEZ CASTÁN

TRADUCCIÓN DE ANTONIO RIVERO TARAVILLO



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Gulliver's Travels

Primera edición: 2014

Ilustraciones
© JAVIER SÁEZ CASTÁN

Traducción
© ANTONIO RIVERO TARAVILLO, 2009
PRE-TEXTOS, 2009

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2014
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
Calle los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación
GRAFIME

ISBN: 978-84-15601-70-8
Depósito legal: M-15042-2014

Impreso en España

ÍNDICE

VIAJES A VARIAS NACIONES REMOTAS DEL MUNDO EN CUATRO PARTES

Carta del capitán Gulliver a su primo Sympson	11
El editor al lector	15
PRIMERA PARTE: UN VIAJE A LILIPUT	17
Capítulo I	19
Capítulo II	31
Capítulo III	41
Capítulo IV	49
Capítulo V	57
Capítulo VI	65
Capítulo VII	77
Capítulo VIII	87
SEGUNDA PARTE: UN VIAJE A BROBDINGNAG	95
Capítulo I	97
Capítulo II	109
Capítulo III	117
Capítulo IV	129
Capítulo V	135
Capítulo VI	147
Capítulo VII	157
Capítulo VIII	165

TERCERA PARTE: UN VIAJE A LAPUTA, BALNIBARBI, GLUBBDUBDRIB, LUGGNAGG Y JAPÓN	177
Capítulo I	179
Capítulo II	187
Capítulo III	197
Capítulo IV	205
Capítulo V	213
Capítulo VI	221
Capítulo VII	227
Capítulo VIII	233
Capítulo IX	239
Capítulo X	245
Capítulo XI	255
CUARTA PARTE: UN VIAJE AL PAÍS DE LOS <i>HOUYHNHMS</i>	261
Capítulo I	263
Capítulo II	271
Capítulo III	279
Capítulo IV	285
Capítulo V	291
Capítulo VI	297
Capítulo VII	305
Capítulo VIII	313
Capítulo IX	321
Capítulo X	329
Capítulo XI	337
Capítulo XII	345

VIAJES A VARIAS NACIONES REMOTAS
DEL MUNDO EN CUATRO PARTES

por

LEMUEL GULLIVER

CARTA DEL CAPITÁN GULLIVER A SU PRIMO SYMPSON

Espero que estés dispuesto a reconocer públicamente, cuando quiera que se te solicite, que mediante tus grandes y frecuentes apremios conseguiste mi permiso para publicar un relato muy deslavazado y sin corregir de mis viajes; y ello con objeto de contratar a algunos jóvenes caballeros de una u otra universidad para ordenarlos, y corregir el estilo, como mi primo Dampier hizo siguiendo mi consejo, en su libro titulado *Viaje alrededor del mundo*. Mas no recuerdo haberte dado poderes para permitir que nada se omitiera, y mucho menos que nada se añadiera; por ello, y en cuanto a esto mismo, renuncio aquí a todo lo que sea de ese tipo, en especial un párrafo acerca de Su Majestad la difunta reina Ana, de muy santa y gloriosa memoria, aunque la reverenciaba y apreciaba más que a ninguna otra persona del género humano. Pero tú, o tu interpolador, deberíais haber tenido en cuenta que, dado que no era ésa mi voluntad, no era decoroso elogiar a ningún animal de nuestra especie delante de mi señor *houyhnhnm*, y además o aquello era absolutamente falso, pues hasta donde yo sé, estando en Inglaterra durante parte del reinado de Su Majestad, ella gobernó sirviéndose de un Primer Ministro; qué digo uno, dos seguidos, el primero de los cuales fue Lord Godolphin, y el segundo el Lord de Oxford, así que me has hecho decir lo que no era. Igualmente, en el informe de la Academia de Projectistas, y en varios pasajes de mi discurso a mi señor *houyhnhnm*, o bien has omitido algunas circunstancias materiales, o las has molido y alterado de tal modo que apenas si reconozco mi obra. Cuando ya te indiqué algo acerca de esto en una carta, tuviste a bien responder que temías ofender; que quienes ocupan el poder siempre son muy recelosos de la imprenta, y proclives no sólo a interpretar, sino también a castigar cualquier cosa que semeje una insinuación (como creo que lo llamabas). Mas, di; ¿cómo aquello que dije hace tantos años, y a más de cinco mil leguas de distancia, en otro reino, puede aplicarse a cualquiera

de los *yahoos* que se dice que ahora gobiernan el rebaño, y en especial en una época en la que no se me ocurrió, ni la temí, la desdicha de vivir entre ellos? ¿No me sobran razones para quejarme, cuando veo a estos mismos *yahoos* llevados por *houghnhnms* en un vehículo, como si éstos fueran bestias y aquéllos los seres racionales? Y más cuando lo cierto es que evitar visión tan monstruosa y detestable fue uno de los principales motivos de mi retiro aquí.

Todo eso pareció justo decirte, con relación a ti, y por la confianza que en ti tenía.

Me quejo además de mi gran falta de juicio, al dejar que prevalecieran las súplicas y falsos razonamientos tuyos y de otros, muy en contra de mi propia opinión, y tolerar que se dieran a la stampa mis viajes. Recuerda por favor cuántas veces te rogué que consideraras, cuando insistías en el motivo del bien público, que los *yahoos* eran una especie animal absolutamente incapaz de enmienda mediante preceptos o ejemplos: y así se ha demostrado, pues en vez de ver que se ponía final a todos los abusos y corrupciones, al menos en esta pequeña ínsula, como tenía razones para esperar, mira cómo, después de seis meses, no veo que mi libro haya producido un solo efecto según eran mis intenciones. Deseaba que me comunicaras por carta cuándo desaparecían partidos y facciones; cuándo los jueces eran sabios y rectos; los litigantes honrados y modestos, con un dejo de sentido común; y Smithfield resplandeciente de libros de leyes; completamente cambiada la educación de los jóvenes nobles; desterrados los médicos; las hembras *yahoos* con abundante virtud, honor, verdad y sensatez; las cortes y recepciones de los grandes ministros completamente despojadas de malas hierbas y barridas; el ingenio, el mérito y la sapiencia recompensados; todos los que deshonoran las imprentas en verso o prosa condenados a no comer más que su algodón, y a apagar su sed con su propia tinta. En éstas, y en otras mil reformas, contaba firmemente con tu aliento, como era claramente deducible de los preceptos que mi libro proporcionaba. Y ha de admitirse que siete meses eran plazo más que suficiente para corregir todo vicio y locura a que están sometidos los *yahoos*, si su carácter hubiese sido capaz de la menor inclinación hacia la virtud y la sabiduría; mas tan lejos has estado de responder a mis expectativas en tus cartas que, por el contrario, todas las semanas cargas a nuestro transportista con libelos, elucidarios, reflexiones, memorias y segundas partes en

que me veo acusado de reflexionar sobre grandes personajes de Estado; o de degradar la naturaleza humana (pues así tienen la seguridad de llamarla), y de insultar al sexo femenino. Igualmente veo que los autores de esos legajos no se ponen de acuerdo entre ellos; pues algunos no me conceden que sea el autor de mis propios viajes y otros me asignan la autoría de libros que me son ajenos por completo.

Veo igualmente que tu impresor ha sido tan descuidado que ha confundido las épocas y ha errado en las fechas de mis varios viajes y regresos, sin asignarles el año, el mes o el día verdaderos: y me he enterado de que el manuscrito original ha sido destruido en su totalidad después de la publicación de mi libro: tampoco tengo copia; con todo, te he mandado algunas correcciones que puedes insertar, si es que alguna vez hubiere una segunda edición; y ya que no puedo alertar sobre ellas, tendré que dejar el asunto a mis juiciosos y discretos lectores, para que éstos las ajusten como les plazca.

He oído que algunos de nuestros *yahoos* de mar han hallado defectos en mi lenguaje marino, que no es el adecuado en muchas partes, ni el que hoy se emplea. No puedo evitarlo. En mis primeras travesías, cuando yo era joven, me instruyeron los marineros más viejos, y aprendí a hablar como ellos lo hacían. Pero desde entonces he visto que los *yahoos* de mar, como los de tierra, tienden a emplear voces novísimas, que los segundos cambian cada año, tanto que recuerdo que a cada regreso a mi país tanto había cambiado su antiguo dialecto que apenas si podía entender el nuevo. Y observo, cuando la curiosidad trae a Londres algún *yahoo* que me visita en casa, que ninguno de los dos somos capaces de expresar nuestras ideas al otro de modo inteligible.

Si de alguna manera pudiera afectarme la censura de los *yahoos*, tendría grandes razones para quejarme de que algunos son tan atrevidos como para creer que mi libro de viajes no es más que una ficción de mi cerebro; y han llegado al punto de insinuar que ni los *houyhnhnms* ni los *yahoos* son más reales que los habitantes de Utopía.

En realidad, he de confesar que por lo que se refiere a las gentes de Liliput, Brobdingrag (pues así es la correcta ortografía, y no, como se ha escrito, Brobdingnag) y Laputa, jamás he oído que haya *yahoo* tan presuntuoso que discuta su existencia, ni los hechos relativos a ellos que he contado, pues la verdad infunde de inmediato convicción a todo lector. ¿Y son menos creíbles en mi relato los *houyhnhnms* o los *yahoos*,

cuando es manifiesto que de estos últimos hay tantos miles hasta en esta ciudad, y que sólo difieren de sus bestias hermanas del país de los *houyhnhnms* en que usan una especie de parloteo y no van desnudos? Escribí para que se enmendaran, no esperando su aprobación. Los elogios unidos de toda su raza no tendrían más importancia para mí que los relinchos de esos dos *houyhnhnms* que guardo en mi establo, porque viendo a éstos, por más que hayan degenerado, aún mejoro en algunas virtudes, sin mezcla alguna de vicio.

¿Acaso estos animales miserables se atreven a pensar que soy tan degenerado como para defender la veracidad de lo que digo? Por *yahoo* que yo sea, es bien conocido en el país de los *houyhnhnms* que, mediante las enseñanzas y ejemplos de mi ilustre maestro, en el transcurso de dos años fui capaz (aunque reconozco que con suma dificultad) de apartar la costumbre infernal de mentir, tergiversar, engañar y hablar con evasivas, que se halla tan arraigada en las almas de todos mis congéneres, especialmente los europeos.

Tengo otras cosas de las que quejarme en esta enojosa ocasión, mas evitaré molestarnos más, a ti o a mí. Francamente confieso que desde mi último regreso algunas corrupciones de naturaleza *yahoo* se han reavivado en mí al conversar con algunos de tu especie, y en particular con los miembros de mi familia, por una necesidad inevitable; de lo contrario, jamás hubiera intentado proyecto tan absurdo como el de reformar a la raza *yahoo* de este reino. Mas ya he abandonado para siempre todos esos planes visionarios.

2 de abril de 1727

EL EDITOR AL LECTOR

El autor de estos Viajes, el señor Lemuel Gulliver, es un antiguo amigo íntimo mío; también nos une cierto parentesco por parte materna. Hará tres años, el señor Gulliver, cansado de la concurrencia de personas curiosas que acudían a su casa de Redriff, compró un pequeño terreno, con una cómoda casa, cerca de Newark, en Nottinghamshire, su tierra natal, en que actualmente vive retirado mas disfrutando de la estima de sus vecinos.

Aunque Gulliver nació en Nottinghamshire, donde residía su padre, le he oído decir que su familia procedía de Oxfordshire; para confirmarlo, he hallado varias tumbas y monumentos de los Gulliver en el cementerio de Banbury, en aquella región.

Antes de abandonar Redriff, dejó en mis manos la custodia de estos papeles, con libertad de disponer de ellos como mejor me pareciese. Los he revisado cuidadosamente tres veces: el estilo es muy directo y sencillo; y el único defecto que hallo es que el autor, según acostumbran los viajeros, es un poco en exceso detallista. Hay un aire de verdad que se manifiesta en el conjunto; y verdaderamente el autor era tan conocido por su veracidad que entre sus vecinos de Redriff se convirtió en una especie de refrán cuando alguien afirmaba algo, decir que era tan cierto como si lo hubiera dicho Gulliver.

Por consejo de varias personas valiosas a quienes, con permiso del autor, comuniqué estos papeles, ahora me aventuro a entregarlos al mundo, esperando que al menos durante algún tiempo sea un mejor entretenimiento para nuestros jóvenes nobles que los acostumbrados garabatos de política y partido.

Este volumen hubiera sido el doble de extenso si no me hubiese atrevido a tachar innumerables pasajes que se ocupaban de los vientos y mareas, así como las variaciones y rumbos en las varias travesías junto con las descripciones minuciosas del manejo de los barcos en las tempestades, como estilan los marineros, lo mismo que la cuenta

de longitudes y latitudes. Tengo razones para sospechar que el señor Gulliver pueda estar algo disconforme con esto, pero me hallaba decidido a acomodar la obra cuanto fuera posible a la capacidad general de los lectores. Sin embargo, si mi propia ignorancia de las cosas del mar me ha llevado a cometer algunos errores, sólo yo soy responsable de ellos. Y si algún viajero siente curiosidad por ver toda la obra en conjunto, como salió de mano del autor, estoy dispuesto a satisfacerlo.

En cuanto a más detalles acerca del autor, el lector los hallará en las primeras páginas del libro.

RICHARD SYMPSON

PRIMERA PARTE:
UN VIAJE A LILIPUT

PARTE
I

BLEFUSCU

Mildendo

LILLIPUT

Discovered
AD 1699

Diemens Land



CAPÍTULO I

El autor da noticia de sí mismo y de su familia, y de sus primeras inclinaciones a viajar. Naufraga, nada para salvar la vida y toma tierra en el país de Liliput, es hecho prisionero y trasladado tierra adentro.

Mi padre tenía una pequeña hacienda en Nottinghamshire; yo era el tercero de cinco hijos. Me mandó al Colegio Emanuel, de Cambridge, a los catorce años de edad, y allí residí tres, y me apliqué seriamente en mis estudios; pero al ser el coste de mi manutención (aun siendo mi asignación muy escasa) una carga demasiado grande para tan limitada fortuna, entré de aprendiz con el señor James Bates, eminente cirujano de Londres, con quien permanecí cuatro años; y las pequeñas cantidades que mi padre me enviaba de vez en cuando las invertí en aprender navegación y otras partes de las matemáticas, útiles a quien se disponga a viajar, pues siempre creí que, tarde o temprano, viajar sería mi suerte. Cuando dejé a Bates, volví al lado de mi padre; allí, con su ayuda y la de mi tío John y la de algunos otros parientes, obtuve cuarenta libras y la promesa de treinta al año para mi sostenimiento en Leiden, donde estudié física durante dos años y siete meses, convencido de que me sería útil en largas travesías.

Poco después de mi regreso de Leiden, por recomendación de mi buen maestro Bates me coloqué de oficial médico en el *Swallow*, un buque que estaba al mando del capitán Abraham Pannell, con quien permanecí tres años y medio durante los cuales hice un viaje o dos a Oriente Medio y a otros varios lugares. A mi regreso, decidí establecerme en Londres, algo a lo que me animó Bates, mi maestro, por quien fui recomendado a algunos pacientes. Alquilé parte de una casa pequeña en la Old Jury; y como me aconsejasen tomar estado, me casé con la señorita Mary Burton, hija segunda de Edmund Burton, calcetero de Newgate Street, y con ella recibí cuatrocientas libras como dote.

Pero como mi buen maestro Bates murió dos años después, y yo tenía pocos amigos, mi negocio empezó a decaer; pues mi conciencia

no me permitía imitar la mala práctica de tantos y tantos entre mis cofrades. En consecuencia, consulté con mi mujer y con algún conocido, y resolví regresar al mar. Fui médico sucesivamente en dos barcos y durante seis años realicé varios viajes a las Indias Orientales y Occidentales, lo cual me permitió aumentar algo mi fortuna. Empleaba mis horas de ocio en leer a los mejores autores antiguos y modernos, para lo cual siempre contaba con un buen número de libros; y cuando desembarcábamos, en observar las costumbres e inclinaciones de la gente, así como en aprender su idioma, lo que me resultaba de gran facilidad gracias al vigor de mi memoria.

La última de estas travesías no fue muy afortunada; me harté del mar y quise quedarme en casa con mi mujer y demás familia. Me trasladé de la Old Jury a Fetter Lane, y de allí a Wapping, esperando encontrar clientela entre los marineros; pero no me salieron las cuentas. Transcurridos tres años de aguardar que cambiaran las cosas, acepté un ventajoso ofrecimiento del capitán William Pritchard, patrón del *Antelope*, que iba a emprender un viaje a los mares del Sur. Zarpamos de Bristol el 4 de mayo de 1699, y la travesía al principio fue muy próspera.

No sería oportuno, por varias razones, molestar al lector con los detalles de nuestras aventuras en aquellas aguas; baste informarle que en nuestro navegar desde allí a las Indias Orientales fuimos arrojados por una violenta tempestad al noroeste de la tierra de Van Diemen. Según observaciones, nos encontrábamos a treinta grados, dos minutos de latitud sur. Doce miembros de la tripulación murieron a causa del trabajo excesivo y la mala alimentación, y el resto se encontraba muy debilitado. El 5 de noviembre, que señalaba el principio del verano en aquellas regiones, con mucha neblina, los marineros vislumbraron una roca a medio cable de distancia del barco; pero el viento era tan fuerte, que fuimos arrastrados directamente a ella y de inmediato el casco se partió por la mitad. Seis tripulantes, yo entre ellos, que habíamos lanzado el bote a la mar, maniobramos para apartarnos del barco y de la roca. Remamos, según mi cálculo, unas tres leguas, hasta que nos fue imposible seguir, agotados como estábamos ya por el esfuerzo realizado mientras estuvimos en el barco. De modo que nos entregamos a merced de las olas, y al cabo de una media hora una violenta ráfaga del norte volcó el bote. De lo que fuera de mis compañeros de barca, como de aquellos que se salvaron en la roca o de los que quedaron en la nave,



Glub

nada puedo decir; pero deduzco que perecieron todos. Por lo que a mí respecta, nadé como me dictó la ventura, empujado por viento y marea. A menudo dejaba que mis piernas se hundieran, y no hallaba fondo; pero cuando estaba casi muerto e incapaz de continuar luchando, hice pie. Y para entonces la tormenta había amainado considerablemente.

El declive era tan pequeño que anduve cerca de kilómetro y medio para llegar a la playa, lo que supuse que sucedió alrededor de las ocho de la noche. Luego seguí avanzando cerca de ochocientos metros, mas no pude distinguir señal alguna de casas ni habitantes; en cualquier caso, me encontraba tan debilitado que no lo observé. Me hallaba muy, muy cansado, y con esto, y lo caluroso del tiempo y la media pinta de coñac que me había bebido al abandonar el barco, sentí que me ganaba el sueño. Me tendí en la hierba, que era muy corta y suave, y dormí más profundamente de lo que recordaba haber hecho en mi vida, y más de nueve horas, según calculé, pues al despertar acababa de amanecer. Intenté levantarme, pero no pude moverme; pues se daba la circunstancia de que, echado de espaldas, me encontraba con los brazos y las piernas fuertemente amarrados a ambos lados en el suelo, y mi cabello, largo y fuerte, atado del mismo modo. Asimismo, sentía varias delgadas ligaduras que me cruzaban el cuerpo, desde las axilas a los muslos. Sólo podía mirar hacia arriba; el sol empezaba a calentar y su luz me hería la vista. Oía un ruido confuso a mi alrededor, pero en la postura en que yacía sólo podía ver el cielo. Al poco tiempo sentí que se movía sobre mi pierna izquierda algo vivo que, avanzando lentamente sobre el pecho, me llegó casi hasta la barbilla; al forzar la mirada hacia abajo cuanto pude, advertí que se trataba de una criatura humana cuya altura no llegaba a quince centímetros, con arco y flecha en las manos y una aljaba a la espalda. Entretanto, sentí que por lo menos cuarenta más de la misma especie (según mis conjeturas) seguían al primero. Se apoderó de mí un asombro enorme, y rugí tan fuerte que todos ellos salieron corriendo aterrorizados; y algunos, según me contaron después, resultaron heridos de las caídas que sufrieron al saltar de mis costados al suelo. No obstante, regresaron pronto, y uno de ellos, que se arriesgó hasta el punto de tener una completa visión de mi cara, levantando los brazos y los ojos debido a la admiración, exclamó con una voz chillona, aunque con toda claridad: *Hekinah degul*. Los demás repitieron las mismas palabras varias veces; pero yo entonces no sabía lo que querían decir.

Permanecí acostado todo ese tiempo, y como el lector podrá entender, muy inquieto. Finalmente, luchando por liberarme, tuve la suerte de romper las cuerdecillas y arrancar las estaquillas que me sujetaban a tierra el brazo izquierdo; pues, llevándomelo sobre la cara, descubrí el método del que se habían valido para atarme, y al mismo tiempo, con un fuerte tirón que me produjo grandes dolores, aflojé algo las cuerdecillas que me sujetaban los cabellos por el lado izquierdo, de modo que pude volver la cabeza cinco centímetros. Pero aquellas criaturas huyeron por segunda vez, antes de que pudiera atraparlas. Sucedido esto, se oyó un intenso grito en tono agudísimo, y cuando hubo cesado, oí que uno chillaba con gran fuerza: *Tolgo phonac*, y al instante sentí más de cien flechas descargadas contra mi mano izquierda, que me pincharon como otras tantas agujas; y además realizaron otra descarga al aire, al modo en que en Europa hacemos con las bombas, muchas de las cuales me cayeron, supongo, sobre el cuerpo —aunque no las noté—, y algunas en la cara, que me apresuré a cubrirme con la mano izquierda. Cuando pasó este chaparrón de flechas oí quejidos de aflicción y dolor, y al hacer nuevos esfuerzos por desatarme me lanzaron otra andanada mayor que la primera, y algunos intentaron pincharme con lanzas en los costados, pero, por fortuna, llevaba un jubón de piel que no pudieron atravesar.

Me pareció lo más prudente permanecer acostado e inmóvil; y fue mi plan quedarme así hasta la noche, cuando, con la mano izquierda ya desatada, podría fácilmente liberarme. En cuanto a los habitantes, tenía razones para creer que yo podría ser adversario para el mayor ejército que pudieran arrojar sobre mí, si todos ellos eran del tamaño del que había visto. Pero la suerte dispuso de mí de otro modo. Cuando la gente se dio cuenta de que me estaba quieto, ya no disparó más flechas; pero por el ruido que iba en aumento supe que su número se incrementaba, y a unos cuatro metros de mí, hacia mi oreja derecha, oí por más de una hora un golpear como de gentes que trabajasen. Al volver la cabeza en esa dirección tanto como me lo permitían las estaquillas y los cordeles, vi un tablado que se alzaba de la tierra alrededor de cuarenta centímetros, capaz de sostener a cuatro de los naturales, con dos o tres escaleras de mano para subir; desde allí, uno de ellos, que parecía persona principal, pronunció para mí un largo discurso, del que no comprendí ni una sílaba. Pero debería haber mencionado que antes de que esta persona eminente comenzara su oración, exclamó tres veces: *Langro dehul*



Tolgo Phonac

san (estas palabras y las anteriores me fueron repetidas y explicadas más tarde). Inmediatamente después, unos cincuenta habitantes se llegaron a mí y cortaron las cuerdas que me sujetaban al lado izquierdo de la cabeza, lo que me dio libertad para volverla a la derecha y observar a la persona y el ademán del que iba a hablar. Parecía ser de mediana edad y más alto que cualquiera de los otros tres que lo acompañaban, de los cuales uno era un paje que le sostenía la cola, y aparentaba ser algo mayor que mi dedo corazón; los otros dos estaban de pie, uno a cada lado, secundándolo. Actuaba en todo como un orador y pude distinguir en su discurso muchos períodos de amenazas y otros de promesas, compasión y cortesía. Contesté en pocas palabras, pero de manera sumamente sumisa, alzando la mano izquierda y los ojos hacia el sol, como poniéndolo por testigo; y puesto que estaba casi muerto de hambre, pues no había probado bocado desde unas horas antes de dejar el buque, sentí con tal rigor las exigencias de la naturaleza que no pude abstenerme de mostrar mi impaciencia (tal vez contraviniendo las estrictas reglas del decoro) llevándome repetidamente el dedo a la boca para expresar que quería comida. El *hurgo* (pues así denominan a un gran señor, según supe después) me comprendió muy bien. Bajó del estrado y ordenó que colocasen en mis costados varias escaleras, sobre las cuales subieron más de un centenar de habitantes y caminaron hacia mi boca cargados con cestas llenas de carne, que habían sido dispuestas y enviadas allí por orden del rey ante la primera información que recibió de mí. Observé que era la carne de varios animales, pero no pude distinguirlos por su sabor. Había paletillas, piernas y lomos cuyas formas eran como de ajo y muy bien sazonados, pero más pequeños que alas de alondra. Yo me comía dos o tres de cada bocado y me tomaba de una vez tres hogazas aproximadamente del tamaño de balas de mosquete. Me abastecían tan rápido como podían, mostrando mil maneras de asombro y maravilla por mi corpulencia y apetito. Hice luego señas de que deseaba beber. Por mi modo de comer juzgaron que no me bastaría una pequeña cantidad, y como era un pueblo ingeniosísimo pusieron en pie con gran destreza una de sus mayores cubas y después la hicieron rodar hacia mi mano y le arrancaron la tapadera; me lo bebí de un trago, lo que bien pude hacer, pues no contenía ni media pinta, y sabía como un aguapié de Borgoña, aunque mucho más delicioso. Me trajeron una segunda cuba, que me bebí de la misma manera, e hice señas pidiendo otra, pero ya no tenían

ninguna más que darme. Cuando hube realizado estos portentos, dieron gritos de alborozo y bailaron sobre mi pecho, repitiendo varias veces, como al principio hicieron: *Hekinah degul*. Me hicieron una señal para que echase las dos cubas, pero primero avisaron a la gente que había para que se quitase de en medio gritándole *Borach mivola*, y cuando vieron por el aire los toneles se elevó un grito unánime de *Hekinah degul*. Confieso que a menudo estuve tentado, cuando andaban paseándose arriba y abajo por mi cuerpo, de agarrar a los primeros cuarenta o cincuenta que se me pusieran al alcance de la mano y estrellarlos contra el suelo. Pero el recuerdo de lo que había tenido que sufrir, y que probablemente no era lo peor que ellos podían hacer, y la promesa que por mi honor les había hecho (pues así interpretaba yo mismo mi sumisa conducta), pronto disiparon esos pensamientos. Además, ya entonces me consideraba obligado por las leyes de la hospitalidad a una gente que me había tratado con tal esplendidez y magnificencia. Sin embargo, para mis adentros no dejaba de maravillarme de la intrepidez de aquellos diminutos mortales que osaban aventurarse a subir y pasearse por mi cuerpo mientras una de mis manos permanecía libre, sin temblar sólo ante la vista de una criatura tan prodigiosa como debía de parecerles. Después de algún tiempo, cuando observaron que ya no pedía más carne, se presentó ante mí una persona de alto rango mandada por Su Majestad Imperial. Su Excelencia, que había subido por la canilla de mi pierna derecha, siguió avanzando por mi cara con alrededor de una docena de su comitiva. Y sacando sus credenciales con el sello real, que me puso cerca de los ojos, habló durante unos diez minutos sin señales de enfado, pero con una especie de firme resolución. Frecuentemente, apuntaba hacia delante, o como según luego supe, hacia la capital, que se hallaba a unos ochocientos metros, adonde Su Majestad, en consejo, había decidido que se me condujese. Contesté con pocas palabras, que no sirvieron de nada, e hice señas con la mano desatada indicando la otra (mas por encima de la cabeza de Su Excelencia, ante el temor de hacerle daño a él o a su cortejo), y luego la cabeza y el cuerpo, para dar a entender que deseaba la libertad. Parece que me comprendió bastante bien, porque movió la cabeza a modo de desaprobación y colocó la mano en posición que mostraba que había de llevarme prisionero. No obstante, hizo otras señas para hacerme comprender que se me daría suficiente comida y bebida, y muy buen trato. Con lo cual intenté una vez más

romper mis ligaduras, pero de nuevo, cuando volví a sentir el escozor de sus flechas en la cara y las manos, que tenía todas llenas de ampollas, y muchos de los dardos aún clavados en ellas, y también cuando observé que el número de mis enemigos había aumentado, les mostré que podían hacer conmigo como mejor quisieran. Entonces, el *hurgo* y su cortejo se apartaron con mucha cortesía y placentero semblante. Poco después oí un griterío general, en que se repetían frecuentemente las palabras *Peplom Selan*, y noté que a mi izquierda numerosos grupos aflojaban los cordeles hasta tal punto que pude volverme hacia la derecha y aliviarme haciendo aguas, cosa que hice muy abundantemente, para gran estupefacción de la gente, que imaginándose por mis movimientos lo que me disponía a realizar, inmediatamente se abrió a derecha e izquierda en ese lado, para evitar el torrente que cayó de mí con tal ruido y violencia. Pero antes me habían untado cara y manos con una especie de unguento de olor muy agradable y que en pocos minutos me quitó todo el escozor causado por las flechas. Estas circunstancias, unidas al refrigerio que me habían proporcionado las viandas y la bebida, que eran muy nutritivas, me predispusieron al sueño. Dormí unas ocho horas, según me asegurarían después; y no es de extrañar, porque los médicos, por orden del emperador, habían mezclado una poción alérgica en las cubas de vino.

Parece ser que en el mismo momento en que me encontraron durmiendo en el suelo después de haber llegado a tierra, el emperador había sido informado enseguida por un correo, y determinó en consejo que yo fuese atado en el modo que he referido (lo que se había llevado a cabo por la noche, mientras dormía), que se me enviase carne y bebida en abundancia y que se preparase una máquina para llevarme a la capital.

Esta resolución quizá parezca muy atrevida y peligrosa, y estoy cierto de que no sería imitada por ningún príncipe de Europa en una ocasión parecida; sin embargo, en mi opinión, fue sumamente prudente a la par que generosa. Pues suponiendo que esta gente se hubiera afanado por matarme con sus lanzas y flechas mientras dormía, sin duda me hubiese despertado a la primera sensación de escozor, lo que podía haber excitado mi cólera y mi fuerza hasta el punto de hacerme capaz de romper las cuerdecillas con las que estaba atado; después de lo cual, pues eran incapaces de oponerme resistencia, no hubiesen podido esperar clemencia.

Estas gentes son magníficos matemáticos, y han alcanzado una gran perfección en la mecánica mediante la aprobación y el estímulo del emperador, que es un célebre mecenas de la ciencia. Este príncipe tiene varias máquinas montadas sobre ruedas para el transporte de árboles y otros grandes pesos. Muchas veces construye sus mayores buques de guerra, algunos de los cuales tienen hasta casi tres metros de largo, en los bosques donde crece la madera, y luego los hace llevar en estos ingenios trescientos o cuatrocientos metros hasta el mar. Quinientos carpinteros e ingenieros se pusieron inmediatamente a la obra para disponer el mayor ingenio de cuantos tenían. Era un tablero levantado casi ocho centímetros del suelo, de unos dos metros de largo y tres de ancho, que se movía sobre veintidós ruedas. El vocerío que había oído había sido provocado por la llegada de este artilugio, que, según parece, emprendieron la marcha cuatro horas después de haber pisado yo tierra. Lo colocaron paralelo a mí, que permanecía acostado. Pero la principal dificultad era alzarme y colocarme en dicho vehículo. Ochenta postes, de treinta centímetros de alto cada uno, fueron erigidos para este fin, y cuerdas muy fuertes, del grueso de bramantes, se sujetaron con garfios a numerosas vendas con que los trabajadores me habían ceñido el cuello, las manos, el cuerpo y las piernas. Novecientos hombres de los más robustos fueron empleados en tirar de estas cuerdas por medio de muchas poleas fijadas en los postes, y así, en menos de tres horas, fui levantado, descolgado sobre la máquina y en ella atado fuertemente. Todo esto me lo contaron, porque mientras se realizaba la operación yacía en profundo sueño, a consecuencia de aquel medicamento soporífero que me echaran en el vino. Mil quinientos de los mayores caballos del emperador, de casi doce centímetros de alto cada uno, fueron empleados para llevarme hacia la metrópolis, que, como ya he dicho, se hallaba a unos ochocientos metros.

Unas cuatro horas después de emprender nuestro viaje, me despertó un accidente ridículo; pues dado que el carruaje se había detenido un rato para reparar no sé qué avería, dos o tres jóvenes nativos tuvieron la curiosidad de ver qué aspecto tenía yo mientras dormía; se subieron a la máquina y avanzando muy sigilosamente hasta mi cara, uno de ellos, oficial de la guardia, me metió la punta de su chuzo por la ventana izquierda de la nariz hasta buena altura, el cual me cosquilleó como una pajita y me hizo estornudar violentamente. Entonces se

escabulleron sin ser descubiertos, y hasta tres semanas después no conocí la causa de haberme despertado tan de repente. Hicimos una larga marcha en lo que quedaba de aquel día, y descansé por la noche con quinientos guardias a cada lado, la mitad con antorchas y la otra mitad con arcos y flechas, dispuestos a asaetearme si se me ocurría moverme.

A la mañana, siguiente, al salir el sol, proseguimos nuestra marcha, y llegamos a doscientos metros de las puertas de la ciudad hacia el mediodía. El emperador y toda su corte nos salieron al encuentro, pero los altos funcionarios no quisieron de ninguna manera consentir que Su Majestad pusiera en peligro su persona subiéndose sobre mi cuerpo.

En el sitio donde se detuvo el carruaje había un templo antiguo, considerado el más grande de todo el reino, y que, mancillado hacía algunos años por un extraño asesinato, fue, de acuerdo con el fervor de aquellas gentes, tenido por profano, y en consecuencia se destinaba desde entonces a usos comunes, y se habían sacado de él todos los ornamentos y el mobiliario. En este edificio se había dispuesto que me alojara. La gran puerta que daba al norte medía un metro y veinte de alta y sesenta centímetros de ancha, y me podía arrastrar fácilmente a través de ella. Flanqueaban la puerta dos ventanitas, que no se hallaban a más de quince centímetros del suelo; por la de la izquierda, los herreros del rey pasaron noventa y una cadenas como las que cuelgan del reloj de una señora en Europa, y casi tan grandes, las cuales pusieron bajo llave a la pierna izquierda con treinta y seis candados. Frente a este templo, al otro lado de la gran carretera, a seis metros de distancia, había una torreta de lo menos metro y medio de alta. A ella ascendió el emperador con muchos señores principales de su corte para tener la oportunidad de contemplarme, según me contaron, porque yo no pude verlos. Se calculó que más de cien mil habitantes salieron de la ciudad con el mismo propósito, y, a pesar de mi guardia, creo que no fueron menos de diez mil los que en varias veces se subieron a mi cuerpo con ayuda de escaleras de mano. Pero pronto se emitió una proclama prohibiéndolo so pena de muerte. Cuando los trabajadores creyeron que ya me sería imposible liberarme, cortaron todas las cuerdas que me ataban, y acto seguido me levanté en el estado más apesadumbrado en que me había encontrado en mi vida. Pero la algarabía y el asombro de la gente al verme levantar y andar escapan a toda descripción. Las cadenas que me sujetaban la pierna izquierda eran de unos dos metros de largo, y

no sólo me dejaban libertad para andar hacia atrás y hacia delante en semicírculo, sino que también, como estaban fijas a quince centímetros de la puerta, me permitían entrar por ella arrastrándome y tumbarme cuan largo era en el templo.

CAPÍTULO II

El emperador de Liliput, acompañado de varios nobles, acude a ver al autor en su prisión. Descripción de la persona y el traje del emperador. Se designan hombres de letras para que enseñen el idioma del país al autor. Éste se gana su favor por su condición afable. Le registran los bolsillos, y le quitan la espada y las pistolas.

Cuando me vi de pie, miré alrededor, y he de confesar que nunca contemplé más entretenido panorama. La tierra que me rodeaba parecía un jardín interminable, y los campos cercados, que medían por regla general doce metros cuadrados cada uno, recordaban a otros tantos macizos de flores. Estos campos estaban entremezclados con bosques que medían media pértica, y los árboles más altos, por lo que me pareció, levantarían unos dos metros. A mi izquierda descubrí la población, que semejava el escenario pintado de una ciudad de un teatro.

Hacía algunas horas que me apretaban extremadamente las necesidades naturales, lo que no ha de causar asombro, dado que hacía ya casi dos días desde que me descargara por última vez. Me debatía entre la urgencia y la vergüenza. El mejor recurso que se me ocurría era arrastrarme hasta mi casa, y eso fue lo que hice; y cerrando la puerta tras de mí, me alejé tanto como me permitía la cadena, y descargué de mi cuerpo el incómodo peso. Pero ésta fue la única vez que fui culpable de tan sucio acto, que espero que el cándido lector sepa excusar tras considerar con madurez e imparcialidad mi caso, y la angustia en que me hallaba. A partir de aquel instante mi costumbre fue, nada más levantarme, ocuparme de ese asunto al aire libre, hasta donde me permitía alejarme la cadena, y todas las mañanas me aseguraba de que antes de que viniera nadie dos criados encargados de esa tarea se llevaran en carretillas aquella sustancia desagradable. Ya había descendido el emperador de la torre y avanzaba a caballo hacia mí, lo que estuvo a punto de costarle caro, pues el bruto, aunque perfectamente amaestrado, mas

por completo desacostumbrado a esa vista, que parecía como si una montaña se moviera hacia él, se encabritó; pero el príncipe, que es un jinete excelente, se mantuvo en la silla hasta que sus servidores llegaron corriendo y agarraron la brida mientras Su Majestad desmontaba. Cuando se hubo apeado me inspeccionó por todo alrededor con gran admiración, pero manteniéndose más allá de donde alcanzaba mi cadena. Ordenó a sus cocineros y mayordomos, ya preparados, que me diesen víveres y comida, lo cual hicieron empujándolos en una especie de vehículos de ruedas hasta que pude alcanzarlos. Tomé estos vehículos, y prontamente los vacié todos; veinte estaban llenos de carne y diez de licor. Cada uno de los primeros me sirvió de dos o tres buenos bocados, y vertí el licor de diez vasijas, contenido en recipientes de barro, dentro de un vehículo, y lo apuré de un trago, y así fui haciendo con los demás. La emperatriz y los jóvenes príncipes de sangre de uno y otro sexo, acompañados de muchas damas, estaban sentados a alguna distancia en sus sillas; pero cuando le ocurriera el accidente al caballo del emperador habían descendido y se habían acercado a su persona, que ahora me dispongo a describir. Es casi el ancho de mi uña más alto que todos los de su corte, y esto por sí solo basta para infundir un temor reverencial a que lo miren. Sus facciones son recias y masculinas, de mandíbula prognática y nariz arqueada; aceitunada la tez; erguido el rostro; su cuerpo y sus miembros, bien proporcionados; todos sus movimientos, gráciles, y majestuoso el porte. Ya había dejado atrás la juventud, pues tenía veintiocho años y tres cuartos, de los cuales había reinado alrededor de siete con gran felicidad y por lo general victorioso. Para mejor observarlo, me eché de lado, de modo que mi cara estuviese paralela a la suya, mientras él se mantenía a sólo tres metros de distancia; sin embargo, después lo he tenido en la mano muchas veces, de modo que no puedo equivocarme en su descripción. Su traje era muy liso y sencillo, confeccionado de un modo que quedaba entre la moda asiática y la europea; pero llevaba un ligero yelmo de oro adornado con joyas y una pluma en la cimera. Tenía en la mano la espada desenvainada para defenderse si acaso yo me liberara; la espada era de unos ocho centímetros de largo, y la guarnición y la vaina eran de oro, enriquecido con diamantes. Su voz sonaba aguda, pero muy clara y articulada; y no podía oírla nítidamente si me ponía de pie. Las damas y los cortesanos vestían con la mayor magnificencia; tanto, que el lugar en que se hallaban

parecía recordar unas enaguas que se hubieran extendido en el suelo, bordadas de figuras de oro y plata. Su Majestad Imperial me hablaba con frecuencia, y yo le respondía; pero ni uno ni otro entendíamos palabra. Estaban presentes varios de sus sacerdotes y letrados (lo que supuse por sus ropajes), a quienes se encomendó que se dirigiesen a mí, y les hablé en todos los idiomas de que tenía alguna noción por pequeña que fuere (a saber, alto y bajo alemán, latín, francés, español, italiano y lengua franca), pero sin resultado. Después de unas dos horas se retiró la corte y me dejaron con una fuerte guardia, para evitar la impertinencia y probablemente la malignidad de la chusma, que estaba muy impaciente de apiñarse a mi alrededor hasta donde se atrevía, y algunos tuvieron la desvergüenza de dispararme flechas estando yo sentado en el suelo junto a la puerta de mi casa. Una de ellas estuvo a punto de acertarme en el ojo izquierdo. Pero el coronel hizo prender a seis de los cabecillas, y pensó que ningún castigo sería tan apropiado como ponerme los atados en las manos, lo que consiguientemente hicieron algunos de sus soldados, empujándolos con los extremos de las picas hasta que estuvieron a mi alcance. Los cogí a todos en la mano derecha, me metí cinco en el bolsillo de la chaqueta, y en cuanto al sexto hice ademán de comérmelo vivo. El pobre dio unos alaridos terribles, y el coronel y sus oficiales mostraron gran malestar, especialmente cuando me vieron extraer la navaja; pero pronto los saqué de su temor, pues mirando benignamente y cortando enseguida las cuerdas con que el hombre estaba atado, lo deposité suavemente en el suelo, y allá que se fue corriendo. Traté a los demás de idéntico modo, sacándolos del bolsillo uno por uno, y observé que tanto los soldados como el pueblo se manifestaron muy agradecidos por este rasgo de clemencia, que se refirió en la corte para gran provecho mío.

Al llegar la noche entré con cierta dificultad en mi casa, donde me eché en el suelo, cosa que continué haciendo durante un par de semanas; en el intervalo, el emperador dio orden de que se me preparara una cama. Se trajeron en carruajes seiscientas camas de la medida corriente, que fueron rehechas en mi casa. Ciento cincuenta de estas camas, unidas unas con otras, hicieron el ancho y el largo, y se alzaron así cuatro niveles, lo que sin embargo apenas me resultó imperceptible de la dureza del suelo, puede creerme el lector si le digo que no me preocupaba en absoluto la idea de caerme al suelo, que era de piedra

pulimentada. Según el mismo cálculo se me proporcionaron sábanas, mantas y colchas, lo suficientemente aceptables para quien como yo se había habituado a las penalidades.

Conforme fue extendiéndose por el reino la noticia de mi llegada, ésta trajo portentosos números de personas ricas, desocupadas y curiosas que querían verme; tanto, que los pueblos quedaron casi vacíos, y se hubiera llegado a un gran descuido en la labranza y en los asuntos domésticos si Su Majestad Imperial no hubiese establecido diversos edictos y mandatos de gobierno contra esta incomodidad. Ordenó que quienes ya me hubiesen contemplado volviesen a sus casas y que nadie osara acercarse a la mía en un radio de cincuenta metros sin permiso de la corte, con lo cual los secretarios de Estado recibieron considerables sobornos.

Entretanto, el emperador celebraba frecuentes consejos para discutir qué partido había de tomarse conmigo, y después me aseguró un amigo particular (persona de buen tono que estaba como el que más en el «secreto») que la corte tenía numerosas preocupaciones acerca de mí. Temían que me liberase, que mi alimentación fuese demasiado costosa y causara una hambruna. Algunas veces determinaban matarme de hambre, o, al menos, dispararme a la cara y las manos flechas envenenadas que me despacharían enseguida; pero luego consideraban que el hedor de un cadáver tan grande podía desatar una peste en la metrópoli, que seguramente se extendería por todo el reino. En medio de estas consultas, varios oficiales del ejército fueron a la puerta de las grandes cámaras del Consejo, y cuando dos de ellos allí entraron, dieron cuenta de mi conducta con los seis criminales antes mencionados, conducta que produjo impresión tan favorable en el pecho de Su Majestad y en el de la Junta al completo, que una comisión imperial fue enviada para obligar a todas las aldeas situadas dentro de un radio de ochocientos metros en torno a la ciudad a entregar todas las mañanas seis bueyes, cuarenta ovejas y otras vituallas para mi manutención, junto con una cantidad proporcional de pan, vino y otros licores, para cuyo debido pago Su Majestad entregó asignaciones de su Erario. Porque este príncipe vive especialmente de sus propias heredades, y sólo rara vez, en grandes ocasiones, recibe subvenciones de sus súbditos, que están obligados a asistirle en las guerras corriendo ellos mismos con los gastos. También se estableció que seiscientas personas constituyeran mi servidumbre, las cuales disfrutaban de dietas para su manutención, y

se levantaron tiendas para ellas que quedaban muy a mano a ambos lados de mi puerta. Asimismo se ordenó que trescientos sastres me confeccionasen un traje a la moda del país; que seis de los más eminentes sabios de Su Majestad se ocuparan de instruirme en su lengua, y, por último, que los caballos del emperador y los de la nobleza y las tropas de la guardia hicieran su ejercicio ante mi vista, para que se acostumbrasen a mí. Todas estas órdenes fueron debidamente ejecutadas, y en cosa de tres semanas realicé grandes progresos en el aprendizaje del idioma, tiempo durante el cual el emperador me honraba frecuentemente con sus visitas y de buen grado ayudaba a mis maestros en la enseñanza. Ya empezábamos a conversar en cierto modo, y las primeras palabras que aprendí fueron para expresar mi deseo de que tuviera a bien otorgarme la libertad, lo que todos los días repetía arrodillado. Su respuesta, por lo que pude comprender, era que eso era cuestión de tiempo, y que no se podía pensar en ello sin la anuencia de su Consejo, y que antes debía yo *lumos kelmin peffo defmar lon emposo*: esto es, jurar la paz con él y con su reino. No obstante, yo sería tratado con toda amabilidad; y me aconsejaba ganarme, con mi paciencia y mi discreto comportamiento, la buena opinión de él y sus súbditos. Me pidió que no tomase a mal que diese orden a ciertos correctos funcionarios de que me registrasen, porque seguramente llevaría conmigo varias armas que por fuerza habían de ser cosas peligrosas si correspondían a la corpulencia de persona tan prodigiosa. Dije que satisfaría a Su Majestad, pues estaba dispuesto a desnudarme y a dar la vuelta a los bolsillos delante de él. Esto lo dije, en parte con palabras, en parte por señas. Replicó él que, de acuerdo con las leyes del reino, debían registrarme dos funcionarios suyos; que sabía que esto no podría hacerse sin mi consentimiento y colaboración; que tenía tan buena opinión de mi generosidad y mi justicia que confiaba en mis manos las personas de aquellos dos; que cualquier cosa que me fuese requisada me sería devuelta cuando saliera del país o pagada al precio que yo quisiera ponerle. Tomé en mis manos a los dos funcionarios y los puse primero en los bolsillos de la casaca y luego en todos los demás que el traje llevaba, excepto los dos del chaleco y un bolsillo secreto que no pensaba que debiera ser registrado, en el cual guardaba algunas cosillas de uso particular que a nadie podían interesar sino a mí. En uno de los bolsillos del chaleco había un reloj de plata, y en el otro una pequeña cantidad de oro en una bolsa. Aquellos caballeros,

provistos de pluma, tinta y papel, hicieron un exacto inventario de cuanto vieron, y cuando hubieron finalizado me pidieron que los bajase, para que pudieran entregárselo al emperador. Este inventario lo traduje posteriormente, y dice palabra por palabra lo siguiente:

Imprimis. En el bolsillo derecho de la casaca del Gran-Hombre-Montaña (así interpreto las palabras *Quinbus Flestrin*), después del más meticuloso registro, sólo encontramos un gran trozo de basta tela, lo suficientemente grande como para servir de alfombra en la gran sala del trono de Vuestra Majestad. En el bolsillo izquierdo vimos un enorme cofre de plata, con tapa del mismo metal, que nosotros, quienes lo registrábamos, no pudimos alzar. Le solicitamos que lo abriera, y al meterse uno de nosotros en él, se encontró hasta media pierna en una especie de polvo, parte del cual nos voló a la cara y nos obligó a los dos a estornudar varias veces. En el bolsillo derecho del chaleco encontramos un enorme envoltorio de sustancias blancas, delgadas, dobladas unas sobre otras, del tamaño aproximado de tres hombres, atado con un fuerte cable y marcado con figuras negras, que nosotros humildemente suponemos que son escritura, cada letra casi como la mitad de nuestra palma de la mano. En el izquierdo había una especie de artefacto, del lado del cual se elevaban veinte largas pértigas que recordaban la empalizada que hay ante la corte de Vuestra Majestad; con el cual imaginamos que el Hombre-Montaña se peina la cabeza, pues no siempre lo importunamos con preguntas, pues nos resultaba muy difícil hacernos comprender. En el gran bolsillo del lado derecho de su cubierta media [así traduzco la palabra *ranfu-lo*, con que designaban mis calzones] vimos una columna de hierro hueca, de la altura de un hombre, sujeta a un sólido trozo de madera mayor que la columna; y de un lado de ésta salían enormes pedazos de hierro, de formas extrañas, que no sabemos qué puedan ser. En el bolsillo izquierdo, otro artefacto de la misma clase. En el bolsillo más pequeño del lado derecho había varios trozos redondos y planos de metal blanco y rojo, de diferentes tamaños; algunos de los blancos, que parecían ser de plata, eran tan grandes y pesados que mi camarada y yo apenas pudimos levantarlos. En el bolsillo izquierdo había dos columnas negras de forma irregular; no sin dificultad alcanzábamos a su extremo superior desde el fondo del bolsillo. Una de ellas estaba tapada y parecía toda de una pieza; pero en la parte

alta de la otra aparecía un objeto redondo, blanco, aproximadamente dos veces nuestra cabeza de grande. Dentro de cada uno había encerrada una prodigiosa bandeja de metal, la cual ordenamos que nos enseñara, porque entendíamos que pudieran ser artilugios peligrosos. Los sacó de sus cajas y nos dijo que en su país tenía por costumbre afeitarse la barba con una de ellas y cortar la carne con la otra. Había dos bolsillos en que no pudimos entrar: él los llamaba sus «faltriqueras», y eran dos grandes rajadas abiertas en la parte superior de su media cubierta, pero que mantenía cerradas la presión de su barriga. De la faltriquera de la derecha colgaba una gran cadena de plata, con una extraordinaria suerte de máquina al extremo. Le instamos a que sacara lo que hubiese sujeto a esa cadena, que resultó ser una esfera la mitad de plata y la otra mitad de un metal transparente, porque en el lado transparente vimos ciertas extrañas cifras, dibujadas en círculo, y que creímos poder tocar, hasta que nos dimos cuenta de que nos detenía los dedos aquella sustancia translúcida. Nos acercó a los oídos este artilugio, que producía un ruido incesante, como el de un molino de agua. Supusimos que es, o algún animal desconocido, o el dios al que venera; aunque nos inclinamos por lo último, porque nos aseguró (si es que lo entendimos bien, pues se expresaba muy imperfectamente) que rara vez hacía nada sin consultarlo. Lo llamaba su oráculo, y dijo que señalaba cuándo era el momento de cada una de las acciones de su vida. De la faltriquera izquierda sacó una red cuyo tamaño casi bastaría a un pescador, pero concebida para abrirse y cerrarse como un monedero, y que le servía para ese uso. Dentro encontramos varios voluminosos trozos de metal amarillo, que, si son efectivamente de oro, deben de tener valor incalculable.

Una vez que, obedeciendo las órdenes de Vuestra Majestad, así hubimos registrado diligentemente todos sus bolsillos, observamos alrededor de su cintura una faja hecha de la piel de algún gigantesco animal, de la cual, por el lado izquierdo, colgaba una espada del largo de cinco hombres, y por el derecho, una bolsa o morral dividido en dos cavidades, cada una capaz de contener a tres súbditos de Vuestra Majestad. En una de estas cavidades había varias esferas o bolas de un metal pesadísimo, aproximadamente del tamaño de nuestras cabezas, y para levantar las cuales hacía falta un fuerte brazo. La otra cavidad contenía un montón de ciertos granos negros, pero éstos no de gran tamaño ni peso, pues podíamos sostener más de cincuenta en la palma de la mano.

He aquí el inventario exacto de lo que encontramos en derredor del cuerpo del Hombre-Montaña, que se comportó con nosotros con gran cortesía y con el respeto debido a la comisión enviada por Vuestra Majestad. Firmado y sellado el cuarto día de la octogésima novena luna del floreciente reinado de Vuestra Majestad.

CLEFVEN FRELOCK, MARSI FRELOCK

Cuando le fue leído al emperador este inventario, me ordenó, que entregase esos varios objetos que en él se mencionaban. Me pidió primero la cimitarra, que me quitó con vaina y todo. Mientras tanto, mandó que tres mil hombres de sus mejores tropas (que en aquel momento lo acompañaban) me rodeasen a cierta distancia, con arcos y flechas dispuestos para disparar; pero no me di cuenta de ello porque tenía mi vista totalmente fija en Su Majestad. Después mostró su deseo de que desenvainase la cimitarra, la cual, aunque algo enmohecida por el agua del mar, estaba en su mayor parte muy reluciente. Así lo hice, e inmediatamente todas las tropas lanzaron un grito mezcla de terror y sorpresa, pues el sol brillaba con fuerza, y los deslumbró el reflejo que se producía al flamear yo la cimitarra de un lado para otro. Su Majestad, que es un príncipe sumamente magnánimo, se amilanó menos de lo que me podía esperar; me ordenó volver a meterla en la vaina y arrojarla al suelo lo más suavemente que pudiese, a unos dos metros de distancia del extremo de mi cadena. Lo siguiente que pidió fue una de las columnas huecas de hierro, que era como se referían a mis pistolas de bolsillo. La saqué, y, conforme a su deseo, le expliqué como pude para qué servía; y cargándola sólo con pólvora, la cual, gracias a lo hermético de mi bolsa, consiguió librarse de que el mar la mojara (percance contra el cual tiene buen cuidado de precaverse todo mariner prudente), advertí primero al emperador que no se asustara y luego disparé al aire. Aquí el asombro fue mucho mayor que a la vista de la cimitarra. Cientos de hombres cayeron como si hubieran muerto repentinamente, y hasta el emperador, aunque se mantuvo firme, no pudo recobrase durante un rato. Entregué ambas pistolas del mismo modo que había entregado la cimitarra, y luego la bolsa de la pólvora y las balas, encareciéndole que mantuviese aquélla lejos del fuego, pues con la más pequeña chispa podía inflamarse y hacer volar por los aires

su palacio imperial. De idéntico modo di mi reloj, que el emperador tenía gran curiosidad por ver, y mandó a dos de los más altos alabareros de la Casa Real que lo sostuvieran sobre un madero en los hombros, como hacen en Inglaterra los carreteros con los barriles de cerveza. Se asombró del continuo ruido que hacía y del movimiento del minuterero, que él podía fácilmente percibir, pues la vista de ellos es mucho más aguda que la nuestra; preguntó qué opinaban algunos de sus sabios que lo acompañaban, y las opiniones de éstos fueron varias y contradictorias, como el lector puede bien imaginar sin que yo se las repita, aunque, lo cierto es que no pude entenderlas muy perfectamente. Luego entregué las monedas de plata y cobre, el monedero con nueve piezas grandes de oro y algunas más pequeñas; el cuchillo y la navaja de afeitarse, el peine y la caja de rapé, el pañuelo y mi diario. La cimitarra, las pistolas y el morral fueron llevados en carro a los almacenes de Su Majestad; pero las demás cosas me fueron devueltas.

Tenía yo, como antes indiqué, un bolsillo secreto que escapó a su registro, donde guardaba unos lentes (que a veces uso debido a la flaqueza de mi vista), un antejo de bolsillo y otros cuantos útiles que, no importando para nada al emperador, no me creí en conciencia obligado a descubrir, y que temía que se perdiesen o estropeasen si me aventuraba a desprenderme de ellos.



CAPÍTULO III

El autor entretiene al emperador y a su nobleza de ambos sexos de modo muy singular. Descripción de las diversiones de la corte de Lilibut. El autor obtiene la libertad con ciertas condiciones.

Mi afabilidad y buen comportamiento habían influido tanto en el emperador y su corte, y sin duda en el ejército y el pueblo en general, que empecé a albergar esperanzas de lograr mi libertad en plazo breve. Recurría a todos los métodos para cultivar esta disposición favorable. Poco a poco, los nativos fueron dejando de temer daño alguno de mí. A veces me tumbaba, y dejaba que cinco o seis bailasen en mi mano. Y al final, los chicos y las chicas se arriesgaban a venir a jugar al escondite entre mi pelo. Para entonces ya había hecho importantes progresos en el conocimiento de su idioma y en hablarlo. Un día quiso el emperador agasajarme con algunos espectáculos del país, en los cuales aventajan a todas las naciones que conozco, tanto en destreza como en magnificencia. Ninguno me divirtió tanto como el de los funambulistas, ejecutado sobre un finísimo hilo blanco extendido unos sesenta centímetros y a unos treinta del suelo. Sobre lo cual deseo, contando con la paciencia del lector, extenderme un poco.

Esta diversión solamente la practican aquellas personas que son candidatas a altos empleos, y a gozar del más alto favor de la corte. Se las adiestra en este arte desde su juventud, y no siempre provienen de noble cuna o de educación esmerada. Cuando hay vacante un alto cargo, ya sea por fallecimiento o por la caída en desgracia (lo que a menudo acontece), cinco o seis de estos candidatos solicitan del emperador permiso para divertir a Su Majestad y a la corte con sus volatines, y aquel que salta más alto es el que ocupa el cargo. Muy frecuentemente se ordena nada menos que a los ministros principales que muestren su habilidad y convenzan al emperador de que no han perdido facultades. A Flimnap, el tesorero, le es concedido dar un brinco en la cuerda

floja por lo menos veinticinco milímetros por encima de cualquier otro noble del imperio. Le he visto dar el salto mortal varias veces seguidas sobre un plato trincherero, sujeto a la cuerda, que no es más gruesa que un bramante corriente de Inglaterra. Mi amigo Reldresal, primer secretario de Asuntos Privados, es, en mi opinión, si no peco de parcialidad, el que sigue al tesorero; el resto de los altos cargos van más o menos parejos.

Estas distracciones se acompañan a menudo de accidentes fatales, de muchos de los cuales se guarda memoria. Yo mismo he visto a dos o tres candidatos romperse una extremidad. Pero el peligro es mucho mayor cuando se ordena a los propios ministros que muestren su destreza, pues en la pugna por superarse a sí mismos y a sus compañeros llevan su esfuerzo a tal extremo que apenas existe uno que no haya sufrido una caída, y varios padecido dos o tres. Me aseguraron que un año o dos antes de mi llegada, Flimnap se hubiera desnucado indefectiblemente si uno de los «cojines del rey», que casualmente estaba en el suelo, no hubiese amortiguado la fuerza de su caída.

Hay también otra distracción que sólo se celebra ante el emperador y la emperatriz y el primer ministro, en ocasiones especiales. El emperador pone sobre la mesa tres finos hilos de seda de quince centímetros de largo: uno es azul, otro rojo y el tercero verde. Estos hilos constituyen premios para aquellas personas a quienes el emperador desea distinguir con una muestra particular de su favor. La ceremonia se celebra en la gran sala del trono de Su Majestad, donde los candidatos han de someterse a una prueba de destreza muy diferente de la anterior, y con la cual no he hallado la menor semejanza en ningún otro país del Viejo ni del Nuevo Mundo. El emperador sostiene en sus manos un palo, en posición horizontal, mientras los candidatos, que avanzan de uno en uno, a veces saltan sobre el palo y a veces se arrastran bajo él adelante y atrás varias veces, según el palo avance o retroceda. En algunas ocasiones el emperador sostiene un extremo del palo, y el otro su primer ministro; a veces, el ministro lo tiene él solo.

Aquel que interpreta su papel con más agilidad y resiste más saltando y arrastrándose es recompensado con la seda de color azul; la roja se da al siguiente y la verde al tercero, y éstos la llevan rodeándosela dos veces por la mitad del cuerpo. Se ven muy pocas personas de importancia en esta corte que no vayan adornadas con uno de estos cinturones.

Los caballos del ejército, y los de las caballerizas reales, de tanto conducirlos ante mí diariamente, ya no se espantaban y venían hasta mis mismos pies sin encabritarse. Los jinetes los hacían saltar sobre mi mano cuando yo la ponía en el suelo, y uno de los monteros del emperador, sobre un gran corcel, salvó mi pie con zapato y todo, lo que fue, sin duda alguna, un enorme salto. Un día tuve la buena fortuna de entretener al emperador de un modo muy inusual. Le pedí que mandara traer varios palos de sesenta centímetros de altura, y del grueso de un bastón corriente; entonces Su Majestad ordenó al capataz de sus bosques que dictase las disposiciones oportunas, y a la mañana siguiente llegaron seis leñadores con otros tantos carros, tirados por ocho caballos cada uno. Tomé nueve de estos palos y, clavándolos firmemente en el suelo en figura rectangular, de setenta y cinco centímetros cuadrados, cogí otros cuatro palitos y los até horizontalmente a cada ángulo, a unos sesenta centímetros del suelo. Después sujeté mi pañuelo a los nueve palitos que estaban de pie y lo extendí por todos lados, hasta que quedó tan tenso como la parte superior de un tambor; y los cuatro palillos paralelos, que levantaban unos trece centímetros más que el pañuelo, hacían las veces de cornisas por cada lado. Cuando hube terminado mi obra, solicité al emperador que permitiese a lo mejor de su caballería, en número de veinticuatro efectivos, venir y hacer sus ejercicios sobre esa tela lisa. Su Majestad aprobó mi propuesta y fui subiéndolos uno a uno con las manos, ya montados y armados, junto con los oficiales con quienes había de hacer la instrucción. Tan pronto como estuvieron formados se dividieron en dos grupos, simularon escaramuzas, dispararon flechas sin punta, desenvainaron las espadas, huyeron y persiguieron, atacaron y se retiraron y en resumen: demostraron la mejor disciplina militar que nunca vi. Los palillos paralelos evitaban que ellos y sus caballos cayesen del escenario; y el emperador quedó tan complacido que mandó que este entretenimiento se repitiese varios días, y una vez accedió a que lo subiera a él mismo y diera él las voces de mando. Y, con gran dificultad, llegó incluso a convencer a la propia emperatriz de que me permitiese sostenerla en su silla de manos a unos dos metros del escenario, desde donde podía tener una vista completa de todo el espectáculo. Tuve la buena suerte de que no acaeciera ningún accidente durante estos entretenimientos, y sólo una vez un caballo fogoso, que pertenecía a uno de los capitanes, hizo, pifando, un agujero en mi pañuelo,

y, colándose por él el casco, cayó con su jinete; pero yo rescaté inmediatamente a ambos, y, tapando con una mano el agujero, bajé a las tropas con la otra, de la misma manera que las había subido. El caballo que se había caído se lesionó la paleta izquierda, mas el jinete no se hizo ningún daño, y yo arreglé mi pañuelo como pude; sin embargo, no confiaría más en su resistencia en actividades tan peligrosas.

Dos o tres días antes de que me pusieran en libertad, estaba yo divirtiéndome a la corte con este tipo de proezas, cuando llegó un correo a informar a Su Majestad de que un súbdito suyo, mientras paseaba a caballo cerca del lugar donde yo fuera prendido, había visto un gran objeto negro caído en el suelo, de forma muy extraña, que extendía sus bordes hasta ocupar tanto como el dormitorio de Su Majestad, y se alzaba por el centro hasta a la altura de un hombre; que no era criatura viva, como al principio habían temido, porque yacía sin movimiento sobre la hierba, y algunos lo habían rodeado varias veces; que al subirse unos en hombros de otros, habían llegado a la parte de arriba, que era plana y lisa, y golpeando en ella hallaron que estaba hueca; que humildemente supusieron que podía ser algo perteneciente al Hombre-Montaña, y, si así lo quería Su Majestad, acometerían el traerlo con sólo cinco caballos. Entonces me di cuenta de lo que querían decir, y me alegré en el alma de recibir esta nueva. Parece ser que, al llegar a la playa después de nuestro naufragio, me invadía tal estado de confusión que antes de alcanzar el sitio donde me quedé dormido, mi sombrero, que había sujetado a mi cabeza con un cordón mientras remaba, y que llevé puesto todo el tiempo que nadé, se me cayó y llegó a tierra; supongo que el cordón se rompería por cualquier accidente del que no me di cuenta, y creía que se me había perdido el sombrero en el mar. Rogué a Su Majestad que diese órdenes para que me fuera devuelto lo antes posible, y le describí su uso y naturaleza, y al día siguiente los acarreadores llegaron con él, aunque no en muy buen estado. Habían abierto dos agujeros en el ala, a cuatro centímetros del borde, y metido dos ganchos por los agujeros; estos ganchos estaban unidos por medio de un largo cordel a los arneses, y así arrastraron mi sombrero a lo largo de algo más de ochocientos metros; pero como el suelo de aquel país es extremadamente liso y llano, recibió menos daño de lo que me había temido.

Dos días después de esta aventura, el emperador, que había ordenado que estuviese dispuesta esa parte de su ejército que tiene su



Golbasto Momarem
Erlame! ♪♪

Gardilo shefin
Mully ully güe
♪♪♪♪

ully güe!
ully güe!
♪♪



guarnición en la metrópoli y los alrededores, tuvo ganas de divertirse de una manera muy singular. Quiso que yo permaneciera en pie, como un coloso, y con las piernas tan abiertas como pudiese. Luego mandó a su general (que era un muy experimentado caudillo y gran valedor mío) disponer las tropas en formación cerrada y hacerlas desfilar por debajo de mí, los infantes en línea de a veinticuatro y la caballería de a dieciséis, al repique del tambor, con banderas desplegadas y adelantadas las picas. Este cuerpo se componía de tres mil soldados de infantería y mil jinetes. Su Majestad dio órdenes, bajo pena de muerte, de que todo soldado observara al desfilar la más estricta compostura por lo que se refería a mi persona; lo que, sin embargo, no pudo evitar que algunos de los oficiales más jóvenes alzaran la vista al pasar debajo de mí. Y, todo sea dicho, mis calzones estaban por entonces en tan lamentable estado que tuvieron ocasión de reírse y admirarse.

Había enviado yo tantos memoriales y tantas peticiones de libertad, que Su Majestad finalmente sacó a colación el asunto, primero en el Gabinete y luego en un Consejo plenario, donde nadie se opuso salvo Skyresh Bolgolam, el cual se complacía, sin provocación alguna por mi parte, en ser mi mortal enemigo. Pero fue aprobada en contra de su voluntad por toda la Junta, y confirmada por el emperador. Ese ministro era *galbet*, lo que equivale a decir almirante del reino, persona muy de la confianza de su señor y muy versada en los asuntos, pero de carácter taciturno y agrio. Sin embargo, finalmente le convencieron para que accediese, pero se salió con la suya en que los artículos y condiciones bajo los cuales se me pusiera en libertad, y que yo debía jurar, fuese él mismo quien los redactase. Estos artículos me fueron traídos por Skyresh Bolgolam en persona, acompañado de dos vicesecretarios y varios personajes importantes. Después de leérmelos, se me propuso que jurase su cumplimiento; primero a la usanza de mi país y luego según el procedimiento que prescriben sus leyes de allá, que consistió en sostenerme en alto el pie derecho con la mano izquierda, ponerme el dedo corazón en la coronilla y el pulgar en la punta de la oreja derecha. Pero, dado que el lector puede sentir curiosidad por tener una idea del estilo y modo de expresión característicos de este pueblo, así como por conocer los artículos en virtud de los cuales recobré la libertad, he llevado a cabo la traducción de todo el documento, palabra por palabra, tan fielmente como he podido, y aquí lo ofrezco públicamente:

Golbasto Momaren Evlame Gurdilo Shefin Mully Ully Gue, muy poderoso emperador de Liliput, delicia y terror del universo, cuyos dominios se extienden cinco mil *blustrugs* [unos veinte kilómetros en circunferencia] hacia los confines del globo; monarca de todos los monarcas, más alto que los hijos de los hombres, cuyos pies aprietan el centro y cuya cabeza da contra el Sol, cuyo gesto hace temblar las rodillas de los príncipes de la tierra, agradable como la primavera, reconfortante como el verano, fructífero como el otoño, terrible como el invierno. Su Muy Sublime Majestad propone al Hombre-Montaña, recientemente llegado a nuestros celestiales dominios, los artículos siguientes, que por solemne juramento estará obligado a cumplir:

Primero. El Hombre-Montaña no saldrá de nuestros dominios sin nuestra licencia otorgada por nuestro gran sello.

Segundo. No se atreverá a entrar en nuestra metrópoli sin nuestra orden expresa; en ese momento, los habitantes serán avisados con dos horas de antelación para que se encierren en sus casas.

Tercero. El citado Hombre-Montaña limitará sus paseos a nuestras principales carreteras, y no se paseará ni se tumbará en una pradera ni en nuestros sembrados.

Cuarto. Cuando pasee por las citadas carreteras pondrá el mayor cuidado en no pisotear el cuerpo de ninguno de nuestros amados súbditos, sus caballos y carros, y en no coger a ninguno de nuestros susodichos súbditos en sus manos sin su consentimiento.

Quinto. Si un correo requiriese su entrega inmediata, el Hombre-Montaña estará obligado a llevar en su bolsillo al mensajero con su caballo un viaje de seis días, una vez en cada luna, y devolver sano y salvo al citado mensajero, si fuese necesario, a nuestra Imperial Presencia.

Sexto. Será nuestro aliado contra nuestros enemigos de la isla de Blefuscu, y hará cuanto pueda por destruir su armada, que se prepara actualmente para invadirnos.

Séptimo. Que el citado Hombre-Montaña, en sus ratos de ocio, ayudará y prestará colaboración a nuestros obreros, ayudándoles a levantar determinadas grandes piedras para rematar el muro del parque principal y otros de nuestros edificios reales.

Octavo. Que el citado Hombre-Montaña entregará en un plazo de dos lunas un informe exacto de la circunferencia de nuestros dominios, mediante el cálculo de sus pasos alrededor de la costa.

Finalmente, que bajo su solemne juramento de obedecer todos los anteriores artículos, el citado Hombre-Montaña dispondrá de una ración diaria de comida y bebida suficiente para el mantenimiento de 1728 de nuestros súbditos, y tendrá libre acceso a nuestra Real Persona, y otros testimonios de nuestra gracia. Dado en nuestro palacio de Bel-faborac, el duodécimo día de la nonagésima primera luna de nuestro reinado.

Juré y suscribí estos artículos con gran contento y alborozo, aun cuando algunos no eran tan honrosos como podía haber deseado, lo que procedía enteramente de la mala intención de Skyresh Bolgolam, el almirante en jefe. A continuación me soltaron inmediatamente las cadenas y quedé en completa libertad. El mismo emperador en persona me hizo el honor de asistir a toda la ceremonia. Manifesté mi reconocimiento postrándome a los pies de Su Majestad, pero me mandó levantarme; y después de muchas amables expresiones, que no referiré para que no se me tache de vanidoso, añadió que esperaba que fuese un útil servidor y que mereciese todas las gracias que ya me había concedido y otras que pudiera concederme en el futuro.

Tal vez complazca al lector observar que en el último artículo impuesto para la recuperación de mi libertad, el emperador estipula que me sea suministrada una cantidad de comida y bebida bastante para el mantenimiento de mil setecientos veintiocho liliputienses. Algún tiempo después, pregunté a un amigo mío de la corte cómo se les ocurrió fijar exactamente ese número, y me dijo que los matemáticos de Su Majestad, habiendo medido la altura de mi cuerpo con la ayuda de un cuadrante, y visto que excedía a los suyos en la proporción de doce a uno, concluyeron, tomando sus cuerpos como base, que el mío debía contener, por lo menos, mil setecientos veintiocho de los suyos, y, por consiguiente, necesitaba tanta comida como fuese necesaria para alimentar ese número de liliputienses. Mediante lo cual puede el lector formarse una idea de la inventiva de aquel pueblo, así como de la prudente y exacta administración de tan gran príncipe.

CAPÍTULO IV

Descripción de Mildendo, metrópoli de Liliput, junto con el palacio del emperador. Conversación entre el autor y un primer secretario acerca de los asuntos de aquel imperio. El ofrecimiento del autor para servir al emperador en sus guerras.

Lo primero que pedí después de obtener la libertad fue que me concediesen licencia para visitar Mildendo, la metrópoli; licencia que el emperador me dio fácilmente, pero con el encargo especial de no causar daño a los habitantes ni en las casas. Se notificó a la población por medio de un bando mi intención de visitar la ciudad. La muralla que la circundaba es de setenta y cinco centímetros de alto y por lo menos de veinticinco centímetros de espesor, de modo que un coche de caballos puede dar la vuelta sobre ella de forma segura, y está flanqueada por fuertes torres cada tres metros. Pasé por encima de la gran puerta del oeste y, con mucha cautela y de lado, recorrí las dos calles principales, sólo con chaleco, por miedo de estropear los tejados y aleros de las casas con los faldones de mi casaca. Caminaba con la mayor precaución para no pisar a cualquier despistado que hubiera podido quedar por las calles, aunque las órdenes eran muy estrictas y todo el mundo debía permanecer en sus casas, o atenerse a las consecuencias. Las ventanas de las buhardillas y las azoteas estaban tan atestadas de espectadores, que creí no haber visto en todos mis viajes lugar más populoso. La ciudad es un cuadrado exacto y cada lado de la muralla tiene ciento cincuenta metros de longitud. Dos grandes calles que se cruzan y la dividen en cuatro partes, miden metro y medio de ancho. Las travesías y callejones, en los que no pude entrar y sólo vi de paso, tienen de treinta a cuarenta y cinco centímetros. La ciudad puede dar cabida a quinientas mil almas. Las casas son de tres a cinco pisos. Las tiendas y mercados se hallan bien abastecidos.

El palacio del emperador está en el centro de la ciudad, donde se encuentran las dos grandes calles. Lo rodea una muralla de sesenta

Hi,
Mildendians

Quinbus
Flestrin!





Sorry?

Quinbus
Flestrin

centímetros de altura, que queda a seis metros de distancia de los edificios. Obtuve permiso de Su Majestad para pasar por encima de esta muralla; y como el espacio entre ésta y el palacio es muy ancho, pude contemplarlo por todas partes. El patio exterior es un cuadrado de doce metros de lado y comprende otros dos; en el más interior están los aposentos reales, que tenía grandes deseos de ver; pero me resultó enormemente difícil, porque las grandes puertas que comunicaban entre los cuadrados sólo median cuarenta y cinco centímetros de altura y dieciocho centímetros de ancho. Por lo que respecta a los edificios del patio externo, tenían por lo menos metro y medio de altura, y me era imposible pasarlo de una zancada sin causar un incalculable daño a aquella mole, aun cuando los muros estaban sólidamente contruidos con piedra labrada de un espesor de diez centímetros. También el emperador estaba muy deseoso de que yo viese la magnificencia de su palacio; pero no pude hacer tal cosa hasta tres días después, que dediqué a cortar con mi navaja algunos de los mayores árboles del parque real, que se hallaba a unos cien metros de distancia de la ciudad. Con estos árboles hice dos taburetes como de un metro de altura cada uno y lo bastante fuertes para soportar mi peso. Advertida por segunda vez la población, volví a atravesar la ciudad hasta el palacio con mis dos taburetes en la mano. Cuando llegué junto al patio exterior me puse de pie sobre uno de ellos, y cogí el otro con la mano, el cual alcé por encima del tejado y coloqué con mucho cuidado en el segundo patio, que medía dos metros y medio de anchura. Pasé entonces muy cómodamente por encima del edificio desde un taburete a otro y levanté el primero tras de mí con un palo acabado en forma de gancho. Sirviéndome de esta artimaña llegué al patio interior y, tendiéndome de lado, acerqué la cara a las ventanas de los pisos intermedios, que habían sido dejadas abiertas a propósito, y descubrí las más espléndidas habitaciones que pueda imaginarse. Allí vi a la emperatriz y a los jóvenes príncipes en sus varios aposentos, rodeados de sus principales servidores. Su Majestad Imperial se dignó dirigirme una graciosa sonrisa y me extendió la mano sacándola por la ventana para que se la besara.

Pero no anticiparé al lector más descripciones de esta naturaleza porque las reservo para un trabajo más importante que ya está casi a punto de ir a imprenta y que contiene una descripción general de este imperio desde su fundación, a través de una larga serie de príncipes,

con una relación detallada de sus guerras, política, leyes, cultura y religión; sus plantas y animales, sus trajes y costumbres peculiares, junto con otras materias muy útiles y curiosas. Pues aquí mi principal propósito sólo es referir acontecimientos y sucesos ocurridos a aquellas gentes o a mí mismo durante mi estancia de unos nueve meses en aquel imperio.

Una mañana, a los quince días aproximadamente de haber obtenido mi libertad, Reldresal, primer secretario de Asuntos Privados (como lo denominan ellos), vino a mi casa acompañado sólo de un servidor. Mandó que su carruaje esperase a cierta distancia y me rogó que le concediese una hora de audiencia, a lo que inmediatamente accedí, teniendo en cuenta su categoría y sus méritos personales, así como sus buenos oficios para conmigo durante mis peticiones a la corte. Le ofrecí tumbarme para que pudiera llegar a mi oído más cómodamente; pero él prefirió dejarme que lo sostuviera en la mano durante nuestra conversación. Empezó felicitándome por mi libertad, y dijo que podía enorgullecerse de haber tomado alguna parte en ella; sin embargo, añadió que de no haber sido por el estado de cosas que a la sazón reinaba en la corte, tal vez yo no la hubiese obtenido tan pronto. «Porque, por muy floreciente que pueda parecer nuestra situación a los extranjeros, el caso es que hacemos frente a dos graves males: una violenta disputa interna y el peligro de una invasión por parte de un poderoso enemigo externo. En cuanto a lo primero, sabed que desde hace más de setenta lunas han existido en este imperio dos partidos en lucha, conocidos por los nombres de Tramecksan y Slamecksan, a causa de los tacones altos y bajos de su calzado, mediante los cuales se distinguen entre ellos. Se alega, es verdad, que los tacones altos son más conformes a nuestra antigua constitución, pero, sea como fuere, Su Majestad ha decidido hacer sólo uso de tacones bajos en la administración del gobierno y para todos los cargos que incumben a la Corona, como observará sin duda; y particularmente que los tacones de Su Majestad Imperial son al menos un *drurr* más bajos que cualesquiera otros de su corte [el *drurr* es una medida que viene a valer la decimoquinta parte de poco más de un centímetro y medio]. La animosidad entre estos dos partidos ha llegado a tal punto, que los pertenecientes a uno no quieren comer ni beber ni hablar con los del otro. Calculamos que los Tramecksan, o taconesaltos, nos superan en número; pero el poder está por completo de nuestra

parte. Sospechamos que Su Alteza Imperial, el heredero de la Corona, siente cierta inclinación hacia los tacones altos; al menos, vemos con claridad que uno de sus tacones es más alto que el otro, lo que le produce cierta cojera al andar. Además, en medio de este desasosiego intestino, nos amenaza una invasión de la isla de Blefuscu, que es el otro gran imperio del universo, casi tan vasto y poderoso como este de Su Majestad. Porque respecto a lo que te hemos oído afirmar acerca de que existen otros reinos y estados en el mundo, habitados por criaturas humanas tan grandes como tú, eso es algo sobre lo que nuestros filósofos albergan muchas dudas y más bien se imaginan que caíste de la Luna o de alguna estrella; pues es evidente que un centenar de mortales de vuestra corpulencia destruirían en poco tiempo todos los frutos y ganados de los dominios de Su Majestad. Por otra parte, nuestras historias de hace seis mil lunas no mencionan más regiones que los dos grandes imperios de Liliput o Blefuscu, poderosas potencias que, como iba a contarte, están enzarzadas en una encarnizadísima guerra desde hace treinta y seis lunas. Empezó por el siguiente motivo: todo el mundo reconoce que el modo primitivo de cascar huevos antes de comérselos era hacerlo por el extremo más ancho; pero el abuelo de su actual Majestad, siendo niño, fue a comer un huevo y, cascándolo según la antigua costumbre, se cortó casualmente un dedo. Entonces el emperador, su padre, publicó un edicto en que ordenaba a todos sus súbditos que, so pena de recibir un gran castigo, cascasen los huevos por el extremo más estrecho. El pueblo sintió sufrir tal afrenta con esta ley que nuestras historias cuentan que han estallado seis revoluciones a cuenta de esto, en las cuales un emperador perdió la vida y otro la Corona. Estas alteraciones públicas fueron constantemente fomentadas por los monarcas de Blefuscu, y cuando eran sofocadas, los desterrados huían siempre a refugiarse a aquel imperio. Se ha calculado que, en diferentes períodos, once mil personas han preferido la muerte a cascar los huevos por el extremo más estrecho. Se han publicado centenares de gruesos volúmenes sobre esta controversia; pero los libros de los anchoextremistas han estado prohibidos mucho tiempo, y todo el partido inhabilitado por ley para desempeñar cargos públicos. Durante el curso de estos disturbios, los emperadores de Blefuscu se quejaron frecuentemente por medio de sus embajadores, acusándonos de provocar un cisma religioso al contravenir una doctrina fundamental de nuestro gran profeta Lustrog, en

el capítulo quincuagésimo cuarto del Blundecral [que es su Corán]. No obstante, se considera que esto es forzar el sentido del texto, porque las palabras son éstas: *Que todo creyente verdadero casque los huevos por el extremo conveniente*. Y cuál sea el extremo conveniente, en mi humilde opinión, ha de dejarse a la conciencia de cada cual, o al menos ha de ser atributo del más alto magistrado el establecerlo. Pero los ancho-extremistas han encontrado tanto crédito en la corte del emperador de Blefuscu, y tanta ayuda secreta y estímulo de su partido aquí en nuestra patria, que una sangrienta guerra enfrenta a ambos imperios desde hace treinta y seis lunas, con vario resultado, y en este tiempo llevamos perdidos cuarenta navíos y un número mucho mayor de embarcaciones más pequeñas, junto a treinta mil de nuestros mejores marinos y soldados; y se calcula que las bajas que ha sufrido el enemigo son algo mayores que las nuestras. Sin embargo, ahora han aparejado una flota numerosa y están precisamente preparando un ataque contra nosotros, y Su Majestad Imperial, depositando gran confianza en tu valor y fuerza, me ha ordenado que te exponga esta relación de sus asuntos».

Rogué al secretario que presentase mis humildes respetos al emperador y le hiciera saber que pensaba que no era digno de mí, siendo extranjero como era, mezclarme en asuntos partidistas; pero que estaba dispuesto, aun con riesgo de mi vida, a defender a su persona y su Estado contra cualquier invasor.

Los viajes de Gulliver, publicada originalmente en 1726, es una amarga crítica contra la sociedad y la condición humana, a la vez que una parodia del subgénero literario de los «relatos de viajes», tan común en la época. La obra goza de la mirada irónica y feroz que caracteriza al autor. La aventura de Gulliver en el país de Liliput, donde los habitantes son poco más grandes de tamaño que un dedal, lo que lo convierte en un temible gigante, ha alcanzado popularidad universal. El poder, la arbitrariedad, la guerra y la capacidad de coexistencia de los pueblos se convierten en el objetivo de sus ácidos comentarios. Algo parecido a lo que sucede en el país de los gigantes, donde Gulliver es un enano. Y en la mejor tradición utópica, Swift termina el libro con el viaje al país de los *houghnhnms*, caballos inteligentes que son capaces de construir una sociedad en armonía y justicia.

Esta edición, que se publica con una excelente traducción de Antonio Rivero Taravillo, se ha beneficiado de la pluma de Javier Sáez Castán, uno de los ilustradores españoles de mayor reconocimiento. Sáez Castán, basándose en la técnica utilizada por los pintores viajeros y primeros artistas aventureros que hicieron ilustraciones de los viajes de exploración, recrea el maravilloso mundo ideado por Swift en una inmejorable edición.

JONATHAN SWIFT (Dublín, 1667-1745) está considerado como el mayor escritor satírico de todos los tiempos y *Los viajes de Gulliver*, su obra capital, es un clásico ineludible de la literatura universal. Del mismo autor, Sexto Piso ha publicado también *El beneficio de las ventosidades* e *Instrucciones a los sirvientes*.

JAVIER SÁEZ CASTÁN (Huesca, 1964) es autor e ilustrador de libros como *La merienda del señor Verde* o *el Animalario del profesor Revillod*. Ha obtenido diversos premios como el del Banco del Libro de Venezuela o el de la Feria Internacional del Libro Infantil y Juvenil en México, y su obra ha sido expuesta en la reconocida Feria Internacional del Libro Infantil de Bolonia.



sextopisoilustrado

ISBN 978-84-15601-70-8

